CAPÍTULO PRIMERO.

Estado y causa del anarquismo.

En estos tiempos en que todo tiende á complicar cada vez más la máquina gubernamental, no puede ser considerada una teoría como la anárquica, que representa la vuelta al hombre prehistórico, antes que surgiese el *paterfamilias*, sino como un enorme retroceso.

Sin embargo, del mismo modo que en el fondo de toda fábula late algo verdadero, en toda teoría, por absurda que sea, máxime cuando ha conseguido reclutar crecido número de partidarios, debe contenerse algo cierto, algo positivamente aceptable. No puede, no debe desecharse á la ligera este pensamiento, extraño hoy,

de retornar hacia lo antiguo, porque sólo una ilimitada vanidad humana puede hacer creer en un continuo progreso sobre lo pasado y sobre el hombre primitivo (1). No está representado nuestro adelanto por una parábola siempre ascendente,

(1) La idea de progreso es relativamente moderna. Según Laurent, su verdadero germen aparece en Roger Bacon; pero no empieza á desenvolverse hasta el siglo XV. Obsérvese que Lombroso no niega de un modo concreto el fenómeno real y complejo del progreso; sólo deja de reconocer su *continuidad*, á diferencia de algunos que lo suponen ilimitado en absoluto (Pelletan, en sus dos conocidos libros: *Profesión de fe en el siglo* XIX y *El Mundo marcha*) ó lo incluyen en el número de las leyes que presiden de un modo permanente el desenvolvimiento histórico (por ejemplo, Ortolan, junto con la generación, la propaganda y la asimilación). Un ilustre maestro dice, de acuerdo con nuestro autor, que el progreso histórico es un concepto relativo, «porque en la vida se observa que el hombre, ser naturalmente perfectible y naturalmente progresivo sin interrupción alguna en el terreno de la idealidad, en el de los hechos sufre en su marcha frecuentes desviaciones de su ideal y experimenta á menudo numerosos retrocesos». En estas vueltas al pasado se funda, precisamente, la teoría de la degeneración atávica ó ascendente, una de las más importantes de la moderna escuela positiva.

sino por una línea en *zis zás*, que adelanta en unas ocasiones para retroceder en otras; y (recuérdese el *Multa renascentur quæ jam cæciderunt)* no siempre volver á lo que pasó es sinónimo de atraso; ejemplo: el divorcio, que no es, en cierto modo, otra cosa que la restauración de costumbres prehistóricas; ejemplo: el hipnotismo y el espiritismo, volviendo al campo de las profecías y de la magia, que nosotros habíamos relegado, considerándolas como las más pueriles fábulas de los antiguos tiempos; ejemplo: las teorías sobre el monismo, sobre la defensa social, sobre el derecho al castigo, que tan cerca están de las sostenidas en épocas pasadas, como cerca están también el sufragio universal (1), el *referendum*, etc.

(1) Véase el bellísimo libro *Socialismo e sciencia positiva*, de Enrico Ferri, 1894, pág. 97. En *L'Uomo di genio*, sexta edición, he demostrado que el genio tiene no pocos caracteres regresivos, en tanto que el delincuente, aunque regresivo en sí, presenta muchos signos evolutivos, tales como la frecuente ausencia del diente molar, la neofilia, etc. (N. del A.)

Por otra parte, en el examen detenido de nuestras presentes circunstancias, se encuentra perfectamente definida la causa de la aparición del anarquismo. Cierto es que si pedimos á un empleado bien retribuído ó á un propietario de escasa inteligencia y de aun más escaso sentido ético, su opinión sobre el actual estado de la sociedad humana, nos responderán que ni nunca fué mejor, ni nunca podrá ser más perfecto; ellos están bien; ¿quién habrá que pueda no estarlo? Mas si interrogamos á hombres de honrada y alta conciencia, Tolstoi, por ejemplo, Richet, Sergi, Hugo, Zola, Nordau, De Amicis y tantos otros, todos nos dirán que nuestro *fin de siglo* es bien triste y desastroso (1).

(1) El novelista ruso primeramente citado, conde León Tolstoi, escribió no hace mucho tiempo una guía ó cartilla del anarquismo: *El remedio está en vosotros*, «ajustado á los principios del Evangelio». La prensa europea se ocupa en estos momentos de un libro, refutación del anterior, que ha publicado, con el

Sufrimos muy principalmente, y sobre todo, por las grandísimas deficiencias que encarna el orden económico. Y no es ya que éste sea peor en absoluto que el de nuestros padres; la carestía que causaba á millones las víctimas, no las produce ahora sino por algunas centenas, y nuestros obreros tienen más camisas que el más encumbrado castellano antiguo. Pero lo que sucede es que han aumentado en enorme desproporción á los rendimientos, las necesidades y la repugnancia á los modos de satisfacerlas: la caridad conventual monástica es el medio más frecuentemente empleado para remediar la excesiva miseria, y no tanto sirve para ello, cuanto para irritar la altanera naturaleza del hombre moderno; la cooperación se desenvuelve en una limitada esfera de acción, y así en el campo, por ejemplo, falta casi en absoluto.

título de *La Anarquía pasiva y el Conde de Tolstoi*, la eminente escritora María de Manaceine.

Y no bastaría seguramente que una y otra, la caridad y la cooperación, estuvieran desarrolladas y fueran potentes, porque ciego y violento, como todo fanatismo, va apareciendo y extendiéndose entre nosotros el fanatismo social y económico, sobre las ruinas del patriótico, del religioso, etc.

Los ideales familiares, patrióticos, religiosos, los del matrimonio, del espíritu, el cuerpo y la raza, se van extinguiendo paulatinamente ante nuestra vista.

Y como el hombre necesita siempre un ideal para vivir, se ha abrazado al económico, que por ser más positivo y próximo á las necesidades de la vida, no podía escaparse á la inflexible lógica del análisis moderno, concentrando en dicho ideal toda su energía, mayor aun que la diseminada entre todos los demás; añádase que, no gozando de ningún beneficio que sea resultado de esos perdidos ideales, no hay ni fuerzas ni abnegación para seguir sufriendo las pena-

lidades y perjuicios que nos han causado.

La historia ha hecho justicia en cuanto á las dos primeras clases sociales; mas la historia no ha borrado todos los males, y ahora sufrimos nosotros los de una y otra, al mismo tiempo que los de sus sucesores. La orgullosa prepotencia feudal, por ejemplo; la intolerancia y la hipocresía religiosa, etc., permanecen aún inamovibles en algunos sitios, sumadas á la vanidad y altanería del tercer estado.

La dominación teocrática ha desaparecido tiempo hace de nuestras costumbres, al menos en la apariencia; mas agitad una cuestión en que entre de alguna manera una disquisición religiosa, el divorcio, verbigracia, el antisemitismo, la supresión de las escuelas clericales, y veréis surgir como por milagro y de todas partes, furiosas oposiciones, bajo todas formas, aun bajo las más liberales, defensoras de la libertad individual, del respeto á la mujer, de la protección á los niños, etc., etc. El militarismo ha per-

dido de igual modo su importancia en casi todas las modernas escuelas; pero tocad en un punto cualquiera algo que á militares se refiera, y tendréis concitado contra vosotros, si no al verdadero y culto público, sí á lo que se llama esfera oficial ó semioficial; y en el presupuesto del Estado se emplean millones y millones en mantener permanentemente millares de soldados y centenares de oficiales y de generales en absoluto inútiles, en tanto que se adeudan miserables céntimos á los pobres maestros, á quienes se reservan estériles elogios y halagadoras promesas, y en tanto que aparece impune la quiebra fraudulenta y se grava en cantidad crecida la exhausta renta del mísero campesino.

Y referiros igualmente á los ideales patrióticos ó estéticos; se han borrado, es cierto: mas excitad al pueblo francés á que olvide sus odios á los italianos, á los ingleses, á medio mundo; demostrad á la clase media italiana cuán ridícula es

su falsa adoración á los clásicos á quienes no entiende y de quienes sinceramente no gusta, mientras desperdicia y desatiende las más preciosas épocas de la vida de sus hijos: fingirán no entenderos, y se escandalizarán de vuestras palabras.

Contra la ambición de lucro de los industriales, surge el cuarto estado, protestando de todo, al conocer cuán grande es la desproporción existente entre las utilidades y fatigas de los tres superiores estados de la sociedad, y las utilidades y fatigas del suyo.

Y convencido el ánimo de la injusticia de tal desproporción, se clama y se grita allí donde es menor la estrechez, con la esperanza de iniciar una reacción con las energías que aun quedan. Los pobres indios, muriendo á millones de hambre, no tienen fuerza para reaccionar; no la tienen tampoco los lombardos, ferozmente castigados por la *pellagra;* por el contrario, los labradores de la Alemania

y la Romagna, como los obreros de Australia, en situación menos mala que los demás, tienen una mayor potencia iniciativa y reactiva, y protestan por sí y por aquellos otros cuya desesperada condición no les deja ni los medios precisos para hacerlo. Es de notar, en aserto de nuestras palabras, el significativo hecho de que no todos los anarquistas son pobres, sino que, antes bien, hay muchos ricos (1).

---

(1) Según una estadística, por cierto poco exacta é imparcial, publicada por la Prefectura de París, existen en esta capital 500 anarquistas (éstos dicen ser 7.500 en París y 4.000 en el resto de Francia). Los 500 anarquistas están divididos en dos clases: propagandistas y adeptos; entre los primeros se cuentan: 10 periodistas, 25 tipógrafos y 2 correctores, y entre los segundos, 17 sastres, 16 zapateros, 20 obreros de profesiones relacionadas con la alimentación, 15 ebanistas, 12 barberos, 15 mecánicos, 10 albañiles y 250 de diversas profesiones, entre los que se encuentran un arquitecto, un ex ujier, un cantante, un *tomador* de bolsas (sic), un agente de seguros, etc. Estas cifras son indudablemente inexactas; mas de todos modos se comprende que entre los afiliados no debe ser muy grande la miseria; no

Es, pues, innegable que, sea bajo la forma republicana, sea bajo la forma monárquica, casi todas las instituciones sociales y gubernamentales son, en la raza latina al menos, una enorme mentira convencional, que todos aceptamos en nuestro fuero interno, en tanto que gozamos de las dulzuras de una regalada vida.

Mentira es la fe en un parlamentarismo que á cada momento nos pone de relieve su triste impotencia; mentira la fe en la infalibilidad de las esferas del Estado, formadas con asaz frecuencia por los ciudadanos menos cultos é inteligentes; mentira la fe en una absoluta justicia que, pesando excesivamente sobre los

---

lo es en H. Dupont, riquísimo ganadero, ni en Krapotkine, ni en Gori, ni en Molinari, todos propietarios.

Dubois (*Le peril anarchiste*, 1893) calcula que hay en Francia de 20 á 30.000 anarquistas, en su mayor parte de vida sedentaria: zapateros, sastres, carpinteros, tapiceros, etc., sin que se cuente, entre todos, ni un solo indigente.

hombros del humilde, no grava sino con un 20 por 100 á los verdaderos culpables de nuestros infortunios, imbéciles casi siempre.

Es un hecho gravísimo, sobre todos, que las bases del Gobierno representativo estén adulteradas. Ha parecido por algún tiempo que cuanto más se tienda á dividir el poder, tanto menos despótico será éste, y tanto más inteligente y moral. Mas contradicha estaba tal creencia aun en los siglos pasados, en tiempo de Maquiavelo: toda forma de gobierno lleva en sí los gérmenes que han de arruinarla; y esto ocurre aún más con la nuestra, basada sobre la multitud; y una multitud, aun la menos heterogénea, aun la más escogida, da una resultante de sus deliberaciones que no es seguramente la suma, sino la sustracción del pensamiento del mayor número.

Hasta en sus mínimos detalles es errónea la forma de nuestras instituciones. Precisamente las esferas del Gobierno

que deberían ser más técnicas é ilustradas, lo son menos, porque las necesidades parlamentarias exigen en un momento dado, ó un demócrata, ó un lombardo, ó un veneciano, sin atender para nada al positivo mérito de cada uno. ¿Quién habrá de creer en la utilidad práctica y en la competencia de un Ministro de Marina tal vez reclutado entre los pintores, ó en la de un Ministro de Instrucción pública escogido acaso entre los marinos? (1).

Y no solamente no es el sistema parlamentario garantía del buen gobierno, sino que constituye un instrumento del malo; es, como he demostrado en mi *Delitto politico*, la falsa cicatriz que, encubriendo la supuración, impide curar la herida;

---

(1) «Se ha visto alguno—escribe Mr. Ch. Bigot—que no ha podido graduarse de bachiller, hacerse periodista; encontró protección, y supo entender el negocio: no hace mucho tiempo que este individuo firmaba como Ministro de Instrucción pública los títulos que él no había podido obtener.»—*Les Classes dirigeantes.*

peor aun: es causa, no raras veces, que excita al delito. Los últimos procesos bancarios de Italia y Francia son prueba palmaria de cómo los hombres de Estado toman participación en los fraudes de la banca, ya para beneficiarse personalmente, ya para influir en las elecciones, ó ya también en Francia para combatir al *Boulangerismo*. Ser defraudador á favor del Estado, aun con perjuicio de sacrosantos intereses, no parece delito á la mayor parte de las gentes, del mismo modo que no lo parecía en la Edad Media el uso del veneno, cuando no sólo se adoptó como arma política por los Borgias, sino también como instrumento de Dios en Venecia.

De favorecer á un periódico ó á un amigo con el dinero del Erario público (*dinero de todos, dinero de ninguno*), á favorecerse á sí mismo, no es grande el tránsito, razón por la que se intenta suplir la falta de talento y de méritos personales con la falta de honradez política.

Otro de los mayores males del parlamentarismo es la ilimitada irresponsabilidad que lleva en su seno (1).

No en todos los tiempos se cometen iguales delitos. En Roma, muchas de las más sanguinarias guerras no tuvieron otra causa que la desmedida avaricia de una

(1) Conviene hacer una distinción entre el *régimen parlamentario* y el *parlamentarismo*, palabras con las cuales se expresan distintos conceptos. Éste no es más que la práctica viciosa de aquél, produciéndose siempre que no haya armonía con la teoría científica; disconformidad que nace, según Azcárate, en la política como en todo, de dos causas: primera, del desconocimiento de la verdadera naturaleza de los principios y de sus lógicas consecuencias; y segunda, de la falta de buena voluntad para adoptar aquéllos y para llevar á cabo éstas. «De semejante estado de cosas—añade el citado autor—surge el descrédito del sistema de gobierno imperante, de lo cual se aprovechan los escépticos y los egoístas de un lado, y de otro, los enemigos de aquél, atentos á levantar y ensalzar el propio, poniendo á los partidarios del viciado y mixtificado en la necesidad de salir á su defensa, rectificando los errores que lo desnaturalizan y denunciando las corruptelas que lo tuercen y desvirtúan. Ahora bien: esto pasa con el *régimen parlamentario*, cuyo pleno desenvolvimiento constituye la aspiración fundamental de los pueblos cultos en nuestros días.»

pequeña aristocracia financiera: en Inglaterra, en Francia, era hace dos ó tres siglos un hecho normal que los primeros Ministros, y á veces el mismo rey, recibiesen pensiones de los Estados extranjeros; los Ministros y las queridas de los reyes acumulaban, en pocos años de gobierno ó de amores, enormes sumas, aun en medio de una miseria tan difundida, que llegaba hasta las mismas gradas del trono.

En el Gobierno despótico eran las concubinas ó los favoritos de los reyes los que se guardaban el dinero de los Bancos ó de los Panamás; ahora van entrando, poco á poco, es verdad, pero van entrando en esa categoría (y el cambio no es mejor, seguramente), los diputados; porque una vez que se les considera, á semejanza del rey, inviolables, y aun más que al rey, irresponsables bajo el pretexto de que no son funcionarios públicos, y pudiendo además descender de su cargo é impunemente disfrutar el di-

nero del Estado hurtado mediante el público empleo, es natural que roben y gocen lo robado, con muy poco que se haya debilitado su sentido moral; y mientras, los pobres reyes decaen primero en la estimación pública, y concluyen por perder el trono, y acaso los bienes y la vida.

¡Pensar que entre las manos de hombres irresponsables, y casi inviolables, se dejan inmensos tesoros, sin el peligro de que se los vuelvan á recoger, y que después se pretende que no los toquen!

Y el mal es peor ahora que en tiempos pasados, porque los reyes son pocos, y los senadores y diputados, cuyas malas artes se premian á costa de las fatigas y trabajos de los más pobres, son muchos.

Ideas acertadas de algunos anarquistas.—Después de esto, puede, no digo justificarse, pero sí explicarse, cómo ha surgido la anarquía; cómo ha nacido la idea de protesta de un alma sincera ó excitada, contra la mentira y la injusticia,

que, dominando soberanamente, humilla y menosprecia al honrado y al trabajador. Y ahora podremos comprender muchas frases de los anarquistas, que son tan legítimamente verdaderas como éstas de Merlin y Krapotkine:

»¿Cuál es la razón de ser del Estado?

»¿Por qué ha de abdicarse en las manos de algunos individuos la propia libertad, la propia iniciativa? ¿Por qué ha de otorgárseles la facultad de apoderarse, con ó contra la voluntad del mayor número, de las fuerzas de todos, y disponer de ellas á su capricho?

»¿Están tan excepcionalmente dotados esos pocos individuos, que puedan, con alguna apariencia de razón, sustituir á la masa y manejar los intereses, todos los intereses de los hombres, mejor que lo harían los mismos interesados? ¿Son infalibles é incorruptibles hasta el punto de poder fiar, con visos de prudencia, la suerte de todos á su sabiduría y su bondad?

»Y aun cuando existieran hombres de una bondad y una sabiduría infinita; aun cuando, por una hipótesis que jamás se realizó en la historia, ni se realizará en lo sucesivo, el poder gubernativo se confiara á los más capaces y á los mejores, no añadiría nada la posesión del gobierno á sus inclinaciones benéficas: antes bien, se paralizarían y distraerían por la necesidad en que habrían de hallarse los hombres que formaran el gobierno, de ocuparse de tantas y tantas cosas sin entenderlas, y, sobre todo, de emplear lo mejor de su energía en conservarse en el poder, en agradar á los amigos, en poner freno á los descontentos y en sujetar á los rebeldes.

»Y ahora, sean buenos ó malos, sabios ó incapaces los gobernantes, ¿quién los eleva al desempeño de las altas funciones? ¿Ó es que se imponen á sí mismos por derecho de guerra, de conquista ó de revolución? Y si es así, ¿qué garantía tiene el pueblo de que sus actos

han de inspirarse en la utilidad general?

»Se trata, pues, pura y simplemente de una usurpación, y á los oprimidos, á los descontentos no queda otro remedio que el empleo de la fuerza. Todas las teorías con que se pretende justificar la existencia del Estado, están fundadas en la idea de que es necesaria una fuerza superior que obligue á los unos á respetar los derechos de los otros.

»Acudamos á los hechos.

»En todo el curso de la historia, como en la época actual, el Gobierno, ó es el imperio brutal, violento y arbitrario de unos pocos sobre la masa, ó es un instrumento encaminado á asegurar el dominio y el privilegio de aquellos que, por la fuerza, por la astucia ó por la herencia, han acaparado todos los medios de vida, comenzando por los que proporciona el suelo, que ha pasado á servir, para tener al pueblo en irritante servidumbre ó para hacerle trabajar en provecho del propietario.

»De dos maneras se puede oprimir á los hombres: ó directamente, con la fuerza brutal, con la violencia física; ó indirectamente, arrebatándoles los medios de subsistencia y reduciéndolos á la impotencia. El primero es el origen del poder, ó mejor dicho, del privilegio político; el segundo es el origen del poder ó privilegio económico.

»En primer lugar, no es cierto que al cambiar las condiciones sociales, cambiarían la naturaleza y las funciones del Estado. Órgano y función son dos términos inseparables. Privad á un órgano de su función, y, ó el órgano muere, ó la función se establece.

»Cread un ejército en un país en que ni amenace ni sea racional una guerra interior ó exterior y, ó se provoca la guerra, ó desaparecerá el ejército. Una policía que no tenga delitos que descubrir ni delincuentes que arrestar, inventará los delitos y los delincuentes, ó no seguirá viviendo.

»En Francia existe, desde hace tiempo, una institución agregada hoy á la Administración de los montes, la *louveterie*, cuyos empleados no tienen otro cometido que el de procurar, por todos los medios posibles, la extinción de los lobos. Y nadie se maravillará, porque todos lo habrán comprendido, que tal oficina tiene por causa el gran número de lobos que en Francia hay, y que ocasionan considerables estragos en las estaciones rigurosas. El público se ocupa poco de los lobos, porque á los que les interesa es á los *loberos* que los cazan; pero los cazan *inteligentemente*, sin destruir la guarida y favoreciendo la reproducción, para no aniquilar una especie tan beneficiosa.

»Los campesinos franceses tienen poca confianza en estos cazalobos, y los han llegado á considerar como los conservadores de tales lobos. Y es evidente: ¿qué harían los empleados de la *louveterie* si se concluyesen los lobos?

»El Estado, que no es sino un número

de personas encargadas de hacer las leyes y autorizadas á servirse de la fuerza de todos para hacerse respetar de cada uno, constituye ya una clase privilegiada y distinta del pueblo, que tenderá, como todo cuerpo constituído, á extender sus atribuciones y á sustraerse de la influencia de los ciudadanos.

»Mas supongamos que el Estado no constituyera por sí una clase privilegiada y que pudiese vivir sin crear en torno suyo una nueva clase de privilegiados; hagámosle, si se quiere, el siervo de toda la sociedad. ¿Para que serviría aun así?

»Es un legado de toda la historia del hombre el creer, viviendo á pesar de las autoridades, que vive gracias á ellas. Estamos habituados á vivir bajo un Gobierno que acapara todas aquellas fuerzas, aquellas inteligencias, aquellas voluntades que pueden servirle para conseguir sus fines; que estorba, paraliza y suprime todas las que le son inútiles ú hostiles, y hemos llegado á imaginarnos que cuanto